

Reseña del libro:

EMPIRE IN RETREAT: THE PAST, PRESENT
AND FUTURE OF THE UNITED STATES

IMPERIO EN RETIRADA: PASADO, PRESENTE
Y FUTURO DE LOS ESTADOS UNIDOS

de Victor Bulmer-Thomas (2018)

Yale University Press, New Haven and London

SILVANA MAUBRIGADES*

Escribir un libro sobre la historia de los Estados Unidos es todo un desafío. Su riqueza económica, social y política, así como su ineludible vinculación con todos los países del mundo, hace muy compleja la selección de un eje articulador de este recorrido. Bulmer-Thomas en su libro ha elegido recorrer, entre tantos, un camino desafiante y apasionante. El título con el que ha dado nombre a su obra es ya una clara muestra de lo que pretende abordar. Es difícil no concebir a Estados Unidos como un imperio y, sin embargo, resulta igualmente difícil catalogar qué tipo de imperio es. Ya sea porque muchos de sus habitantes sientan que es su “destino manifiesto” liderar el desarrollo del mundo o ya sea porque a nivel internacional se ha generado una aparente necesidad de un liderazgo claro, lo cierto es que el desarrollo económico, social, cultural de los Estados Unidos ha permeado en la sociedad contemporánea y ha contribuido exitosamente a construir un “estilo de vida” que marca el camino en la búsqueda del bienestar. Por tanto, este libro busca desentrañar cómo ha llegado este país a convertirse en el líder mundial durante casi 200 años y cuáles han sido sus estrategias para alcanzar tal posición. Sin embargo, este libro histórico no se detiene en esto, sino que va un paso más allá, al analizar críticamente la realidad actual de los Estados Unidos, sugiriendo un cambio profundo en su concepción imperial, al perder esta categoría para retomar con fuerza su rol como Estado Nación.

Bulmer-Thomas reconoce que en su larga trayectoria como investigador de la región Latinoamericana no ha podido eludir abordar la importancia estratégica de Estados Unidos en el continente, en los diferentes períodos históricos y en los diferentes modelos de desarrollo que ha ensayado la región. Y si corremos la mirada hacia cualquier otra región del mundo, los resultados serían semejantes: no se puede comprender el proceso de desarrollo económico del mundo contemporáneo sin analizar la implicancia que ha tenido este Estado en la construcción y/o reconstrucción del resto de los Estados nacionales en los diversos continentes.

El libro, por tanto, se propone estudiar la construcción de este imperio desde dos caminos, que han sido muchas veces paralelos y que se retroalimentan.

Por un lado, la construcción de un imperio desde una concepción geográfica en donde el avance territorial de Estados Unidos en el norte del continente americano le granjeó la posibilidad de ampliar su territorio físicamente, ya sea por la efectiva obtención de tierras que se sumaran a la nación, como por la anexión de países que, en tanto protectorados o socios comerciales, se sumaron a su destino y sus definiciones. Pero no fue el continente un límite, ya que también la necesidad de proteger en ultramar los intereses -económicos a veces y políticos otras tantas- llevó a anexionar más territorios y a comprometer a otros gobiernos en la construcción de este Estado imperial.

* Programa de Historia Económica y Social, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, Uruguay
silvana.maubrigades@cienciassociales.edu.uy

Por otro lado, el imperio también se construyó generando un andamiaje institucional que garantizara dentro y fuera de fronteras unas reglas de juego claras que actuaran en su beneficio o le minimizaran sus riesgos. Lo hizo en nombre de un interés colectivo y lo hizo también contando con el apoyo de otros Estados, los que actuaron algunas veces por conveniencia y otras por una coyuntural debilidad. Fueron muy pocos los países que quedaron fuera de esta red de acuerdos y compromisos económicos y políticos e, incluso, quienes no estaban integrados, estaban igualmente afectados por estas alianzas, ya que buena parte del mundo occidental se convirtió en un sólido bloque que defendía y se amparaba en este liderazgo de Estados Unidos. Un elemento que ciertamente destaca en este proceso de construcción imperial es la sinergia generada por los actores sociales involucrados en este proceso. Si bien es cierto que el liderazgo en la construcción de esta hegemonía estuvo en manos del Estado y sus representantes políticos -demócratas y republicanos que sentían con igual intensidad la necesidad de encaminar un proceso de desarrollo que cumpliera con los estándares americanos o que, al menos, fuera funcional a éstos-, también es cierto que el peso de otras instituciones contribuyó a consolidar y profundizar este rol imperial. Aquí tienen un papel destacado las empresas multinacionales que diseminaron en la economía mundial un estilo de gestión económico y se valieron de su posición dominante en los mercados para imprimir una lógica de funcionamiento a los acuerdos comerciales y a las estrategias productivas y asociativas. También destacan las organizaciones no gubernamentales de muy distinta índole, ya sea asociaciones benéficas, filantrópicas, religiosas o educativas. La salida de estos actores sociales a diferentes regiones contribuyó a transferir mucho más que definiciones estrictamente económicas, convirtiéndose en piezas claves para el traslado de un capital social intangible pero poderoso, que promovió un estilo de vida y una forma de ver el mundo que terminaron por sentir como propia sus receptores, incluso aquellos que no podían sustentarla económicamente. En esta promoción juegan también un rol destacado los medios de comunicación, los que han sabido construir un discurso alineado a los intereses defendidos por el imperio, imprimiendo una fuerte impronta al mensaje de destino manifiesto que ha guiado, en gran medida, el accionar dentro y fuera de fronteras.

Sin embargo, para el autor, los últimos 20 años del siglo XX y el avance de este nuevo siglo, dan cuenta de un revés en esta consolidación imperial, obligando a Estados Unidos, quizás por primera vez en su historia, a pensar seriamente la pertinencia de mantener esta hegemonía mundial, incluso a costa de un debilitamiento de su propia nación. Así, es inevitable leer este apartado sin sentirse bombardeado por las noticias, informes e imágenes que muestran un país y sus líderes políticos oscilando entre la idea de que mantener la hegemonía a nivel internacional es compatible o aún necesaria para el bienestar de la propia nación, o la de aceptar que ambas cuestiones son incompatibles y que es necesario, en esta nueva etapa, concentrarse en el propio desarrollo, debilitando su rol internacional. Esta disyuntiva, inexistente o débilmente expresada en el pasado, obliga a asumir una posición. Definir guiar los destinos de la economía mundial puede implicar en muchos casos actuar en contra de los intereses del pueblo norteamericano y de sus necesidades más urgentes, como el trabajo o la salud. Por otro lado, el mundo occidental no está tan convencido en la actualidad de mantener la subordinación de las definiciones nacionales a los lineamientos provenientes del líder imperial del siglo XX. A esta nueva actitud contribuye, por un lado, la consolidación y fortaleza de otras economías líderes, como Alemania, así como el avance de nuevas regiones y nuevas potencias, como es el caso de China. Pero también la construcción de intereses fuera de fronteras de los capitales norteamericanos resulta difícil de frenar para el imperio y lo que antes era una forma de control sobre la gestión económica a nivel internacional, hoy se ha tornado en una lucha de intereses por mantener un buen clima de negocios con los países receptores de estas grandes multinacionales y ello muchas veces se produce a costa de los intereses del país de origen.

El libro nos guía exitosamente por tres grandes interrogantes que pretende responder.

a) ¿En qué se diferenció la construcción del imperio americano de los imperios territoriales que lo precedieron?

El espíritu de la Doctrina Monroe, que inspira la idea de América para los americanos, justificó la ampliación de las fronteras más allá de las antiguas colonias británicas, conquistando el oeste, invadiendo México y asumiendo un activo rol en el proceso de independencia de la corona española y portuguesa de toda Latinoamérica. En esa línea, los primeros en sentir la ampliación del territorio a conquistar fueron los pueblos indígenas quienes, a semejanza de lo sufrido con el imperio británico, no fueron contemplados en sus derechos territoriales, ni integrados a la construcción de los nuevos estados,

si bien se hicieron intentos poco exitosos de “civilización” de las naciones nativas. La masiva afluencia de nuevos colonos, que venían detrás de las ricas tierras agrícolas, las minas de oro o el comercio de pieles, contribuyó a que el esfuerzo civilizatorio diera paso a la apropiación de territorios sin demasiadas contemplaciones. También los imperios que se habían disputado la región de América del Norte, en especial Gran Bretaña, Francia y Rusia, sintieron el peso conjunto del gobierno de Estados Unidos que daba muestras de su consolidación institucional y el avance de los colonos que afirmaban su presencia en un territorio libre e independiente. Ese destino manifiesto, que inspiraba la expansión de la frontera se convirtió, para el pueblo americano que se consolidaba, en una doctrina ideológica, de impronta religiosa y racista algunas veces. La fuerza de este imperio en crecimiento demandaba un control más allá de sus fronteras y su presencia transcontinental requirió el despliegue de un poderío que trascendiera los arreglos comerciales, la compra de territorio o las alianzas entre Estados. Así Estados Unidos les disputó con éxito a los imperios europeos su capacidad de incidir en la política de otros países, a veces por la vía diplomática y otras por la vía dura de la intervención militar. Los resultados serían igual de beneficiosos para su posicionamiento como líder geopolítico. La construcción de este imperio de naturaleza semi-global, ha perseguido algo muy semejante a lo que otros imperios pretendían, en tanto control sobre el accionar económico, político y militar de los territorios circundantes. En ese sentido, su posicionamiento como líder natural de la región y su presencia física en el territorio, le dio una ventaja relativa sobre los demás imperios en la disputa continental. No podría, sin embargo, aplicar la misma estrategia para el resto del mundo, por lo que su imposición como líder debió estar más sujeta al control económico y militar, aprovechando las debilidades coyunturales o endémicas de los territorios que resultaban geográficamente estratégicos. Y, en tal sentido, no pudo diferenciarse sustancialmente de las estrategias que históricamente utilizaron otros imperios para mantener ese estatus, aunque quizás sí logró como nadie antes una presencia real a nivel global.

b) ¿Qué éxito tuvo Estados Unidos en asegurar que el imperio semi-global diera prioridad a los intereses estadounidenses?

Es de suponer que el objetivo de todo imperio es imponer, por la vía del convencimiento o la fuerza, sus objetivos estratégicos al más amplio número de países. Y en ello, señala el libro, ha radicado buena parte del éxito alcanzado por los Estados Unidos, al menos hasta finales del siglo XX. La forma en que logró estos objetivos, mucho más allá de su hegemonía territorial en expansión, fue a través de la construcción de un andamiaje institucional controlado por Estados Unidos y que definió el accionar de los países en los aspectos económicos, políticos, sociales y jurídicos que establecía el imperio. El punto de medida sobre las definiciones que se tomaban a nivel de los países ha tenido su epicentro en Washington y, desde allí, se juzgaba la pertinencia de cada decisión. Erigiéndose como el defensor de las más amplias libertades de los países y sus ciudadanos, pudo alcanzar una notable influencia en la gran mayoría de los países occidentales, al tiempo que se convertía en un poderoso enemigo para quienes no comulgaban con su doctrina política e ideológica. La coyuntura mundial que se vivió a partir de la primera guerra mundial, pero sobre todo a partir de la segunda, generó el escenario ideal para el logro de estos objetivos. Por un lado, se encontraba una Europa devastada por los enfrentamientos en su territorio, debilitada económicamente y que no estaba en condiciones de debatir con demasiado empeño las condiciones de apoyo propuestas por Estados Unidos para su recuperación. La aparición de un opositor ideológico y económico en la Europa del Este fue un desafío que también contribuyó a la consolidación de una concepción liberal del mundo occidental, brindando así la contracara de un mundo libre y prometedor representado por el imperio americano. El éxito aparente del modelo occidental fue exportado no sólo por sus representantes políticos, sino también por operadores eficaces en el territorio, como son las empresas multinacionales, las organizaciones no gubernamentales y los grupos religiosos que operaron fuera de fronteras con la capacidad de atraer y conquistar, sin coacciones, a nuevos adeptos al modelo. Con ellos, y el avance a nivel mundial de los medios masivos de comunicación, se construyó un poderoso discurso para mostrar las ventajas del capitalismo de libre mercado y los beneficios de formar parte de este modelo internacional que lideraba el imperio “elegido”, en tanto persiguen tenazmente los objetivos que les son importantes dentro de los territorios de otras sociedades. El fin de la Guerra Fría y el fracaso del modelo soviético le brindaron a Estados Unidos la oportunidad de asumir un poder imperial sin precedentes, ya que no parecían existir límites en el nuevo orden mundial por ellos representado.

c) ¿Qué explica una aparente retirada del imperio estadounidense?

Y pese a este aparente éxito en construir un liderazgo indiscutido a nivel mundial y aun siendo determinante su opinión en las definiciones de política económica a nivel global, el mensaje que pretende dejar este libro es que los tiempos del imperio sin límites parecen agotarse. Si bien no se augura un futuro sin que el peso relativo de Estados Unidos determine los destinos de buena parte de las economías mundiales, esta importancia parece estar mucho más determinada por la reconfiguración del Estado Nación que por el énfasis de su rol imperial. Y esto es en parte explicado por factores internos y externos, donde es posible comprender cómo ambos extremos golpean con razón al discurso imperial que ayer no se cuestionaba. Por un lado, están las presiones internas que no son nuevas en la mirada crítica a este destino manifiesto. Aunque no han sido mayoritarios, siempre han aparecido detractores de este esfuerzo por expandirse que ha primado en la estrategia estadounidense, apelando al temor, no infundado, de que el incremento de poder territorial sería cada vez menos compatible con un ejercicio democrático del mismo. No han sido pocos quienes elevaron una señal de alerta ante el incremento de la incidencia de Estados Unidos en los asuntos del resto de los países, en el entendido de que esa expansión fuera de fronteras restaba autonomía a las definiciones que debían tomarse dentro del propio territorio. También el imperio se volvía dependiente de los intereses extranjeros al hacerlos propios. Asimismo, una mirada crítica a la militarización del imperio fue ganando adeptos a medida que avanzaba su poderío geopolítico. No sólo se fueron incrementado las voces críticas al exceso de intervencionismo militar de Estados Unidos en diferentes países sino que, además, el uso de esta mano dura en la defensa de los intereses del imperio implicaba un compromiso real en vidas de estadounidenses que salían fuera de fronteras. Y si bien el sentimiento de vulnerabilidad alcanzó al imperio con los ataques terroristas ocurridos dentro del territorio y justificó una dura contraofensiva militar, también dejó de manifiesto que la intervención en otras sociedades no resultaba inocua para sus propios ciudadanos. Todo esto ha contribuido a un cuestionamiento sin precedentes de ese destino manifiesto que alimentaba el sentir de los estadounidenses. Quizás, lo que más ha socavado las bases del imperio ha sido la pérdida de credibilidad en este exitoso sueño americano. No sólo la pérdida de peso relativo de la economía de Estados Unidos en el concierto mundial ha puesto en duda su rol hegemónico, sino sobre todo su incapacidad de sostener un nivel de vida digno para los habitantes de su territorio. La pregunta ineludible que se hacen cada vez más estadounidenses es por qué debe el Estado seguir defendiendo su rol de liderazgo si esto significa pérdidas constantes en materia de calidad de vida para sus ciudadanos. Y muestra evidente de este fracaso es el incremento sostenido de la desigualdad al interior del país, el aumento del desempleo, la caída relativa de salarios y la incapacidad del modelo capitalista que se exporta al mundo de sustentar satisfactoriamente las necesidades básicas de sus habitantes. Las reglas de juego que Estados Unidos le ha impuesto al mundo a través del libre comercio ha sido la causa principal de su desajuste interno ya que las inversiones productivas han salido fuera de fronteras y con ellas los beneficios que generan. Por otro lado, las presiones externas también han tenido un fuerte impacto en esta pérdida relativa de credibilidad imperial. Las instituciones que daban soporte material al imperio están siendo cuestionadas por sus propios actores, debido a que los Estados miembros se han fortalecido y tratan de restringir los privilegios y prerrogativas de Estados Unidos. Además, la pretensión de ser un imperio global ha traído consecuencias entre sus propios ejecutores, en la medida que las empresas multinacionales que lograron trasladar exitosamente el mensaje del imperio, trascienden hoy los intereses nacionales y operan en un ámbito mucho más global que el propio Estado. Finalmente, en los últimos treinta años, pese a que el poderío económico y político de los Estados Unidos parecía no ser cuestionado, han ido ganando fuerza nuevos actores a nivel internacional que, si bien no parecen pretender disputar el liderazgo, sí han logrado frenar el impulso globalizador del mismo. El fortalecimiento económico de China como potencia regional primero y con claras posibilidades de competir por los primeros puestos a nivel internacional, ha implicado un nuevo gran desafío para el imperio. Su crecimiento comercial ha impactado en buena parte de las economías mundiales y sus intereses son hoy tan relevantes como lo fueron los de Estados Unidos en el pasado. A este nuevo escenario económico se suman las alianzas políticas y hasta ideológicas de China con antiguas potencias aliadas, como es el caso de Rusia, generando así un fuerte impacto en la sostenibilidad el proyecto imperial vigente hasta la fecha. En este contexto, resulta menos complejo entender el presente de Estados Unidos y el accionar de sus líderes políticos. El pueblo norteamericano parece mucho más dispuesto a defender la reconstrucción de un Estado Nación, cuya fortaleza y relevancia estratégica resulta indiscutible, que seguir dando pelea por sostener un mandato imperial en este nuevo escenario multipolar.